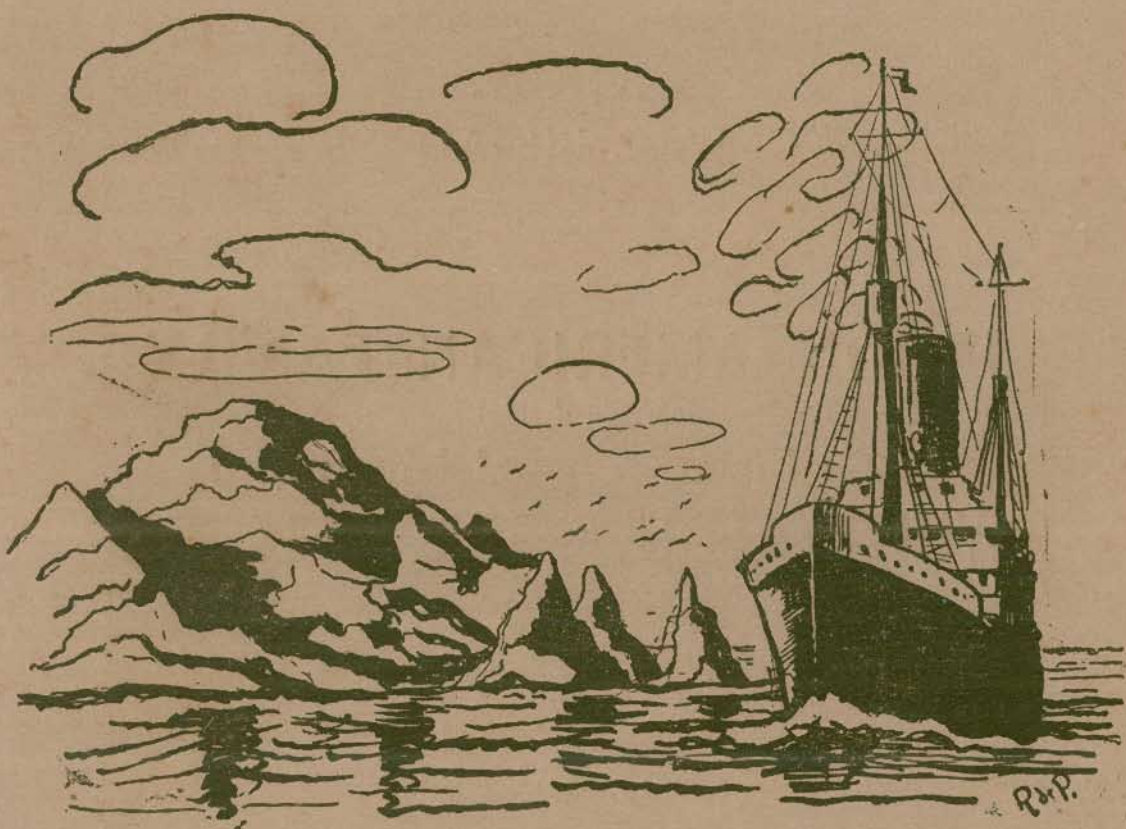


PANDEMONTUM



Pasando Por "CABO BLANCO," C.R.

AÑO X.
30. Octubre. 1915. .
NUMERO 145. . .

Precio, 25 cts.

ROYAL No. 10

COMPARAR
EL
TRABAJO



EL
MODELO
MAESTRO

Pida hoy Catálogos a

CONTIGUO AL ALMACEN
"AMBOS MUNDOS"

W. E. BROAD SAN JOSE, C. R.

JABON AMERICAN FAMILY

Para lavar ropa, sin rival, el pan grande.

Jabón Blanco

Jabón Blanco

WHITE CLOUD FLAKE

100% puro.

Para Baños, Sedas
y Telas finas.



Para el Baño
y Ropa.

El único que no
encoge las franelas

Jabón de Glicerina PERFUME DE ROSAS

El mejor para el Baño y Toilette. Quita las Manchas, Barros, Espinillas y Caspa.—De venta en las Boticas, Tiendas, Pulperías y Almacenes.

W. E. BROAD, Unico Agente de Importación para Centro América y Panamá
SAN JOSE, C. R.

SAN JOSE, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PANDEMÓNIUM

REVISTA ILUSTRADA
LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS

DIRECTOR:
RAMÓN DE PEÓN

AÑO X

30 DE OCTUBRE DE 1915

NÚM. 145



SR. GENERAL DON VENUSTIANO CARRANZA,

Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, reconocido primero por los gobiernos representados
en la conferencia panamericana, y luego por todas las naciones

SUMARIO:

TEXTO

General don Venustiano Carranza Blanca, por	ARTEMIO	Pequeñez romántica, por	RAFAEL CARDONA
¡Piedad! Piedad, por	JOAQUÍN DEL RÍO	Pequeñez romántica	
La última batalla, por	EMILIO ZOLA	Después de la guerra, por	ALBERTO MIGUEL
El Palacio de las Brujas, por	M. F. DE VILLEGAS	Receta para las damas, por	AURORA
El viajero, por	D. CALOGERÓPULO	El cascabel de Arlequin, por	JUAN B. DELGADO
Esclavo de la vida, por	PABLO NIRVANA	El Tío Camareros, por	LUIS MALDONADO
Influencia del libro en nuestra sociedad, por		Teatros	I. DEL CAMPO D.
Porqué son bellas las cojas, por	R. ROJAS CORRALES	Dulce doctir, por	M. ANGEL SILVA
Así es la vida, por	A. E. RODRÍGUEZ	Crucifixión, por	
Evocación, por	J. ALBERTAZZI A.	Ecos de Centro América	J. S. CHOCANO
	M. SEGURA M.	Campeña costarricense, por	SIMONES DIAS
		La contribución de sangre, por	

GRABADOS

Gral. Venustiano Carranza.—Don Ramón Rojas Corrales.—Señorita Emilia Aguilar Esquivel.—Esteban Serrador en "Cyranos de Bergerac".—Don Alberto Miguel.—

Doña Filomena Boisgontier.—Pabellón de Guatemala en la Exposición de San Francisco. Bellezas arquitectónicas de Costa Rica.—Recuerdos del baile.

General don Venustiano Carranza

Datos biográficos

El señor don Venustiano Carranza nació en Saltillo, Estado de Coahuila, el año 1858, en el seno de una de las familias más respetables del país. El y su hermano Jesús hicieron sus primeros estudios en los colegios de la capital Coahuilense. Don Venustiano se distinguió siempre por su carácter recto y enérgico. Organizó la oposición en el Estado, contra las autoridades del General Díaz, y fué perseguido. La Convención de Saltillo, a la que asistió el inmortal Madero como representante de San Pedro de las Colonias, lo eligió candidato a la Gobernación del Estado. (En México los Gobernadores según la Constitución, deben ser electos en asambleas populares). El General Díaz impulsó una autoridad militar, y Carranza protestó. En ese estado las cosas, vino la revolución de 1910, encabezada por el propio Madero, y Carranza se adhirió al movimiento. No estuvo conforme

con el pacto Madero-Díaz; fué nombrado Ministro de la Guerra del Gabinete Provisional de Ciudad Juárez; más tarde, fué electo Gobernador de Coahuila; combatió la traición de Orozco; apoyó al Presidente Madero, formando cuerpos de voluntarios entre los que descollaron los famosos "carabineros de Coahuila", hombres centauros que impusieron terror a las huestes zapatistas; y cuando el régimen democrático fué derribado por los rebeldes de la ciudadela en unión del General Huerta, Carranza recogió el estandarte sangriento de Madero, y lo llevó en triunfo de nuevo al Palacio de México.

Vencida la dictadura, la hidra de la anarquía, con sus terribles cabezas Gutiérrez-Villa-Zapata-González Garza y Angeles, amenazó acabar con la República. Sin desmayar, Carranza organizó los elementos leales, trasladó la capital a Veracruz, y en año y me-

dio de lucha, logró asestar a los rebeldes golpes tan formidables como los de Celaya (donde por primera vez los robustos hijos de Chihuahua se vieron con los aguerridos soldados de Sonora). León y Churubusco, y nuevamente llevó sus estandartes victoriosos a la ciudad de México. Este héroe, sin embargo, debía sufrir el más cruento, el más terrible de los sacrificios, pues como Guzmán el Bueno, se vió en el caso de arrojar su propio cuchillo a sus enemigos para que degollaran a su hermano. El rebelde Santibáñez se apoderó de Jesús Carranza y de su Estado Mayor, en el que se contaban varios sobrinos de don Venustiano. Santibáñez intimó a Carranza que abandone la partida, o sinó fusilará a sus parientes. Carranza contesta: «el deber me obliga a lu-

char hasta el último momento. Que la sangre de Jesús y mis sobrinos caiga sobre vuestras cabezas». Y Santibáñez ejecuta a Jesús Carranza y a los sobrinos de don Venustiano, quien en Veracruz sufrió el tremendo golpe sin que por su faz de granito resbalase una sola lágrima.

Este es el hombre que hoy rige los destinos de México y de quien ha dicho un notable escritor de esta tierra: «Carranza, tres veces héroe por el patriotismo, la integridad y el valor cívico, debía coronar su gloriosa carrera en el sacrificio más grande de los tiempos modernos, que lo equipara a Guzmán el Bueno, y tan grande como Hércules, logró ahogar con una mano la hiena de la dictadura y con la otra la hidra de la anarquía».

Blanca

A Rosa...

Los albos cisnes si te ven se enojan,
 porque, como la espuma del mar,
 blanca tu eres, ... como el jazmín
 del Malabar, como la leche,
 como el armiño, como la nieve...!

Artemio

San José, 26 de octubre de 1915.



¡Piedad! Piedad

(Acróstico)

Piedad firmaste y tu piedad imploro;
 Y al volverte mi nombre con mis versos;
 Enajenado pienso en el tesoro
 De la ardorosa llama de mi beso.
 Arráncame la vida, hazme pedazos,
 Doliente yo, bendeciré mi suerte;
 Pero, darme la muerte entre tus brazos
 Y dulce para mí será la muerte.
 Estrechándome a tí, mi tumba cavo,
 Dolor como el que siento es imposible,
 Amame en tu memoria, soy tu esclavo,
 Datura amarga de mi vida horrible.

Joaquín del Río

San José, 26 de octubre 1915.

La última batalla

¡Ah! ¡La última guerra, la última batalla! Fueron tan terribles, que los hombres han roto para siempre sus espadas y sus cañones... Era el comienzo de las grandes crisis sociales que acaban de renovar el mundo y yo he sabido estas cosas de boca de seres cuya razón se había entenebrecido a consecuencias del choque supremo de las naciones.

En la delirante crisis de los pueblos, que va llevando en su seno la sociedad futura, una mitad de Europa se arrojó sobre la otra, y los acontecimientos siguieron y las escuadras chocaron sobre todos los océanos, por la dominación de las aguas y tierras. Ni una nación quedó descartada: encadenadas las unas y las otras, dos Ejércitos inmensos entraron en la línea de combate enardecidos por feroces ancestrales, resueltos a aniquilarse, como si en los campos vacíos y estériles hubiera, de entre los hombres, uno de más.

Y los ejércitos inmensos de hermanos enemigos se encontraron en el centro de Europa, en vastas llanuras donde millares de seres podían extrangularse. En leguas y leguas de tropas se desplegaron, seguidos de otras tropas de refresco, en tal torrente de hombres, que la batalla duró un mes. Cada día había nueva carne humana para las balas enemigas. No se tomaban el trabajo siquiera de recoger los muertos; el montón formaba montañas, detrás de las cuales regimientos nuevos e invisibles venían a hacerse matar; la noche no detenía el combate y se degollaban en la sombra.

El sol, en cada una de sus auroras, alumbraba mares de sangre, un campo de matanza en el que horrenda cosecha incineraba los cadáveres en pirámides altas y muy altas...

Ejércitos enteros desaparecían; por todas partes rodaban cuerpos como derribados por un trueno.

Los combatientes no tenían necesidad de aproximarse ni de verse, los cañones mataban del otro lado del horizonte, lanzaban bombas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno, asfixiaba, envenenaba. La ciencia había inventado explosivos, máquinas capaces de llevar la muerte a distancias prodigiosas, de tragarse bruscamente todo un pueblo como un terremoto.

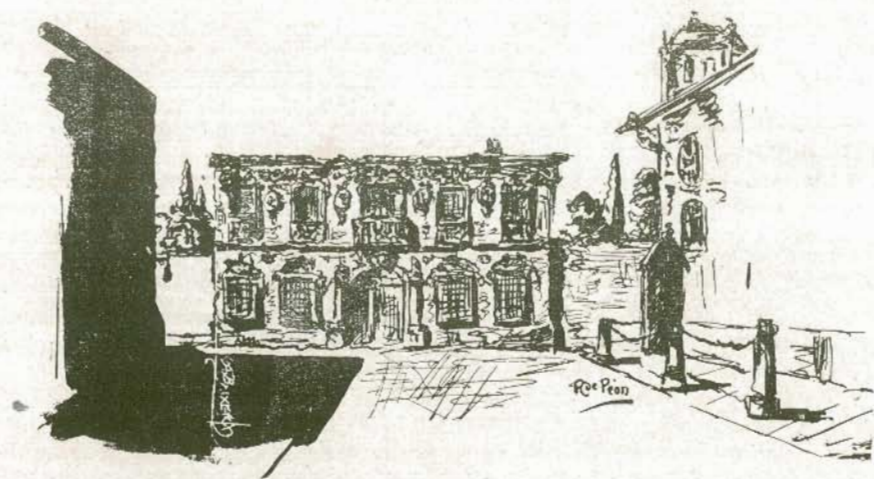
Y qué monstruosa matanza en la última noche de aquella batalla gigantesca!

Jamás parecido sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, en los vastos campos devastados, a lo largo de los ríos, al través de las praderas. Podíase caminar horas y horas, días y días, hallando siempre soldados muertos, con los ojos desmesuradamente abiertos, clamando la locura humana por sus bocas vacías y negras. Y aquella fué la última batalla, y de tal suerte el espanto heló los corazones, que al despertar de la atroz borrachera, todo el mundo comprendió que la guerra no era ya posible, vencida por la ciencia todo poderosa, soberana, creadora de la vida y de la muerte.

Emilio Solá

Los famosos refrescos **SANTA ANA** fueron los servidos en
EL BAILE DEL 12

NOTA.—La fuente de Agua Mineral de Sta. Ana se explota por concesión del Gobierno.



El Palacio de las Brujas

Por Manuel Fernández de Villegas

Siguiendo a lo largo de una callejuela estrecha y tortuosa, se llegaba a la plaza en cuyo suelo crecía la hierba. A la derecha se alzaba el muro de un convento con huecos tan estrechos como aspilleras, defendidos por tupidas rejas erizadas de puntas de hierro. A la izquierda se extendía el atrio de una iglesia, cerrado por gruesas cadenas pendientes de macizos pilares de granito.

Tenía la fachada de este palacio el color de cobre que adquiere con los siglos la piedra blanca de Castilla; la puerta, de recia madera de roble, adornada de hierros y clavos viejos y mohosos; sobre el medio punto de la portada, y bajo el suelo de un balcón volado y medio hundido, un escudo con los blasones carcomidos por la lepra del tiempo; cuatro balcones de antepechos de piedra, primorosamente calados; cuatro medallones ovalados que, respectivamente, contenían los perfiles de un obispo, de un caballero, de una dama y de un fraile, lacerados y carcomidos como los blasones del escudo; en lo alto una fila

de piedras movidas de su aplomo y sacadas de su nivel, labradas en el más puro estilo plateresco, sosteniendo el alero del tejado que se desmoronaba, y dos gárgolas, una a cada lado, a punto de caer con sus fauces abiertas sobre el pavimento de la plaza. Ni un cristal sostenían los plomos desprendidos de las vidrieras; las maderas de los balcones estaban agrietadas las unas, desencajadas de sus marcos otras, desprendidas de sus huecos todas.

A las altas horas de las noches de luna chirriaban las herrumbrosas fallebas de balcones y ventanas, y asomaban sobre balaustradas y alféizares caras achatadas, rostros arrugados, hocicos contraídos en gesto de permanente succión, semblantes cuyas narices, pómulos y barbillas de las formas más caprichosas presentaban las combinaciones más horribles.

Si la noche era tempestuosa o caía la nieve, tendiendo blanco y dilatado velo sobre casas y campos, brotaba de todas las grietas y agujeros de la techumbre del palacio un vaho ceniciento.

ciento, que se balanceaba unos instantes movido por el huracán, y se desgarraba luego en mil pedazos angulosos, que emprendían trémula y vertiginosa carrera por los aires: eran las brujas habitantes del palacio abandonado que iban a sus desenfundados aquelarres.

Una de las noches que el escuadrón de brujas, ya en el espacio, se disponía a emprender la caminata, vieron algo extraordinario que las sobrecoigió. El cielo estrellado estaba en la tierra. El suelo aparecía sembrado de puntos luminosos que titilaban; entre el os, grandes globos lanzaban torrentes de luz azulada, como si la luna al caer sobre el pavimento de la ciudad se hubiese disgregado en discos luminosos que yacieran esparcidos. Las nubes parecían más negras y tormentosas que nunca.

Las brujas estrecharon sus filas; un estremecimiento de pánico corrió por sus cuerpos, y movidas por el mismo sentimiento de terror emprendieron vertiginosa fuga.

Pronto perdieron de vista aquel pedazo de su suelo estrellado, cruzaron, casi a ras de tierra, campos yermos y llegaron a la falda de un monte cuya cima nevada se perdía en el seno de negros nubarrones. Allí se posó la bandada de brujas.

Pocos momentos después un lamento lejano y prolongado rasgó los aires. Nuevo terror hizo estremecer a las brujas, y puestas en pie, miraron hacia el lado de donde el amento había vibrado. Un monstruo negro, empenachado de humo rojizo, con fauces de fuego que resollabañ acompasada y vigorosamente, cuyos ojos, el uno de pupila roja y el otro blanca, parpadeaban nerviosos, se adelantaba amenazador hacia donde estaban las brujas.

«¡Es el diablo que viene a buscar nos!» gritó una vocecilla; «¡es el diablo, es el diablo!» gritaron y repitieron otras voces atipladas; y trocado el espanto en alegría, presurosas e impacientes las brujas, corrieron al encuentro del monstruo, disputándose el pri-

mer beso y el primer abrazo de su amante rey y señor.

A los gritos de alegría siguieron gritos de dolor, imprecaciones, crujiir de huesos y rechinar de encías desdentadas. Un gran espacio de vía quedó sembrado de cráneos rotos y fragmentos de esquirlas.

El monstruo siguió su marcha sin notar siquiera la destrucción que había producido, llevándose enganchados en los topes de la locomotora, en los estribos de los coches y en las ruedas del tren miembros de brujas ferrozmente mutilados.

¿Cuántas murieron? Casi todas. Algunas de las pocas que se salvaron de la catástrofe, al tratar de huir, tropezaron con los hilos del telégrafo y perecieron colgadas de ellos. Durante algunos días el viento agitó sus escuálidos restos.

Al romper el alba tras de aquella trágica noche y cuando empezaba a destacarse en la sombra la vieja fachada del Palacio de las Brujas, dos de éstas cayeron sobre el tejado. Eran las únicas que habían quedado vivas de la nutrida bandada que salió de él la noche anterior.

Estas dos brujas no salieron más de su palacio. Paseaban su soledad por los desmantelados salones medio derruidos, lloraban su tristeza acurrucadas en las obscuras crujías casi derribadas. Alguna vez, a la caída de la tarde, oían recios aldabonazos en la puerta de la calle y secos golpes en las maderas de balcones y ventanas, que derribaban algún tabique o hacían caer alguna viga apollillada, aterrorizando a las dos brujas, que corrían desmanteladas por pasadizos y corredores. Aquellos golpes destructores los daban los muchachos de la ciudad, que apedreaban la casa

.

Una legión de obreros entró en el arruinado caserón. Sus piquetas no respetaron ni carcomidos artesones, ni vetustas piedras talladas, ni escu-

dos aterciopelados con moho. La luz del sol, el aire del cielo, el perfume de la vida penetraron hasta el fondo de la más honda y húmeda bodega. En el último rincón estaban agazapadas las dos brujas, a quienes la invasión destructora había acorralado en aquel lugar, y allí las encontraron trémulas y agonizantes algunos operarios, los cuales, creyéndolas ruines alimañas envueltas en pingajosas telas de araña, les dieron muerte ale-

vosa entre risas, gritos y algazara.

Sobre el terreno que ocupó el Palacio de las Brujas se alza hoy un soberbio y suntuoso edificio. Tiemblan sus pisos a impulsos de cien motores eléctricos, que hacen rodar sin descanso los cilindros de mil rotativas. Salen de él a cada momento millones de hojas impresas, que rápidos automóviles conducen a trenes y vapores que las esparcen sin cesar por todas las partes del mundo.

El viajero

La calle del Ideal está desierta. Solamente, allá, hacia el fondo se ve una casa miserable custodiada por una higuera física.

Un viajero, caminando por valles y colinas, llegó a aquella casa solitaria; viendo en la puerta a una niña rubia de aspecto enfermizo, le preguntó:

—Cómo te llamas, niña mía?

—Verdad.

—Y por qué vives tan lejos de la ciudad?

—Porque nos han desterrado a mamá y a mí.

—Quién os desterró?

—La reina de aquella ciudad, la Mentira y sus hijos: Interés, Calumnia,

Injusticia, Engaño y Adulación. Todos, todos se unieron contra nosotros.

—Y tu mamá?

—Es la viuda de lo Bueno.

—Y se llama?

—Conciencia.

El viajero acarició afectuosamente a la pobre niña y se despidió; volviendo las espaldas a la ciudad comenzó a alejarse.

La niña entonces le preguntó:

—Y usted, quién es usted?

—El Deber.

Desapareció. Ningún viajero ha vuelto a encontrarlo.

Demetrio Calogerópulo

Esclavo de la vida

A la amada muerta

En la grande barca negra huiste, huiste una mañana antes de que naciera en Oriente el sol, huiste dejando solitaria nuestra pobre casita, dejando apagado el fuego que no calentaba. Quiso mi alma, mi alma triste y abandonada, correr por los aires, correr detrás de tí; pero las cadenas de la vida

la sujetan fuertemente, la sujetan sin tener compasión de mi alma que busca y que no encuentra el alma gemela, aquella hermosa alma que una mañana, antes de que naciera el sol, huyó para siempre, en la grande barca negra.

Pablo Nirvana

Influencia del libro en nuestra Sociedad

Tomado de la obra "La infancia delincuente en Costa Rica", que obtuvo el primer premio de Sociología (medalla de oro) en los Juegos Florales de 1914.

Lo mismo que hemos dicho de la prensa sobre su influjo en la cultura de los pueblos y en el engrandecimiento de las naciones, podríamos decir del libro.

¿Qué sería de nuestros países, si, por desgracia, no existieran la prensa y el libro? ¿Qué de los individuos si se viesen privados de esos dos faros del saber humano? Dirijamos la mirada a aquellos tiempos de la antigüedad remota, cuando aún no se habían inventado esos dos elementos, o si existían era de una manera imperfecta, casi nula, y entonces contestemos dicha pregunta: nuestros países todavía permanecerían en el mayor atraso: sus habitantes sumidos en el oscurantismo, en la ignorancia.

Pero si grandes son esos beneficios, no menos grandes sus peligros, cuando, apartándose del camino de la moral, se refieren a asuntos que nada dejan provechoso a sus lectores: son otro foco de corrupción y del crimen, que ya han demostrado en numerosos casos su pernicioso influjo, principalmente en los jóvenes, siempre susceptibles a la imitación de sus héroes, máxime si se hace resaltar—como casi siempre sucede—el vicio.

No sin razón se ha dicho que hay multitud de novelas que muy bien merecen se les aplique aquellas frases de Fedro: «Palabras odiosas... cierra tu boca y no me obligues a oír un lenguaje tan vergonzoso... mi alma se ha indignado... pero si tu lenguaje en este punto engalana la vergüenza,

caeré en el abismo de que pienso huir...» ¡Tal es el poder sugestivo de la lectura!

Creemos conveniente, sin embargo, citar en apoyo de nuestra tesis, algunos casos práctico—de los muchos que existen—de libros que han influido en el ánimo de sus lectores, excitándolos al crimen, llegando a conseguir sus fatales resultados.

Un caso típico de obras de esta naturaleza nos lo ofrece *Werther*. Cuando Goethe escribió esta novela, la cual no es más que un retrato o relato de lo sucedido a él en su vida, dió origen a un sinnúmero de suicidios, principalmente entre jóvenes, llegando a convertirse en una terrible enfermedad, conocida con el nombre de *Wertherismo*, a tal grado que, según escribe un crítico del autor de *Werther*, «jóvenes de cada sexo, le escribían para darle las gracias por las lágrimas que les había hecho derramar; pero muchas madres lo acusaron también de haber arrojado sus hijos a la desesperación. El frac azul de Werther estuvo largo tiempo de moda, así como la túnica blanca, con lazos de rosa pálida de Carlota. En fin se multiplicaron los suicidios».

Como consecuencia de los estragos de aquella enfermedad, que iba adquiriendo cada vez mayores proporciones, un grito de alarma se oyó por todas partes, lanzado por aquellas personas que comprendían la naturaleza del mal y los fatales resultados a que estaba expuesta la sociedad si no se acudía en su defensa. Para ello se valieron de diferentes ardidés, princi-

palmente del ridículo, ya por medio de novelas, ya por el teatro. Entre aquéllas se cita la publicada por Nicolai, *Alegrías del joven Werther*. Y en este último, por medio de una pieza dramática, *El triunfo de la Sentimentalidad*, escrito por el mismo Goethe, y que se consideró como el factor principal en la abolición del *Wertherismo*. Así es que se puede decir, que Goethe causó el mal e inventó el re-



DON RAMÓN ROJAS CORRALES

medio. Mas no por esto aminoró su responsabilidad, puesto que los numerosos daños causados eran irreparables.

Sighel en su libro *El Delito de Dos*, entre los varios ejemplos de libros que cita de delitos cuya causa principal ha sido la lectura de esta clase de obras, nos refiere el de un doble suicidio entre dos amantes, en el cual la novia después de haber leído *Indiana*, manifestó a su compañero el deseo de

imitar a los dos héroes del libro de Jorge Sand, suicidio que se llevó a cabo. Y C. Bernaldo de Quirós en el suyo, *El doble suicidio por amor*, refiriéndose a los versos de Leopardi *Amore e Morte*, nos comunica el caso de la muerte del príncipe Pignatelli, la víspera del día de sus bodas, en su palacio de Nápoles, encontrándose abierto el libro de Leopardi por la página en que se halla ese canto, la fuerza expresiva del cual—dice—habíale rendido.

Ha poco uno de nuestros diarios, después de relatar un suicidio llevado a cabo en la capital, y de publicar la consiguiente fotografía del suicida, termina la crónica con estas palabras: «Entre el baúl encontró el señor Alcalde 3º muchos versos y prosas firmados por X (suicida) y de un sentimentalismo extremado. Un libro: *El Cantar de los Cantares* de Heine, parecía ser leído a menudo. Quizá fué esta la causa de su muerte, que tiene por lo demás todo el misterio de un drama silencioso...»

¡Cuántos de los suicidios llevados a cabo en nuestro país—y que por desgracia son numerosos—no habrán tenido igual causa!

¡Oh! de cuánto daño es capaz un escritor apasionado, imprudente, que en vez de reservarse sus penas, sus sufrimientos, como quien guarda un delicado secreto, los dan a la publicidad, como si con ello sintiesen aliviar su mal, sin reparar en sus graves consecuencias! ¡Bien dice el dicho que un loco hace ciento!

Y si Goethe, Jorge Sand, Chateaubriand, Lamartine y tantos otros escritores, hubieran ahogado en su pecho aquella sed de muerte que los devoraba, y no la hubiesen retratado en los personajes de sus novelas o de sus poemas, en su *Werther*, Jacques, Rafael, René, ¡cuántas víctimas no se habrían restado a la ya interminable lista de los suicidios, homicidios, etcétera, etcétera...!

Para demostrar más el influjo de la novela, no ya en el crimen, sino en la corrección de ciertos defectos que

son muy frecuentes por épocas en la sociedad, citaremos algunos ejemplos.

¿Quién no sabe que en nuestra madre patria, España, como en toda la Europa de los tiempos medioevales, existió también una enfermedad social, la andante caballería, que se había apoderado de casi todas las personas, convirtiéndose en una verdadera monomanía, rayana en locura? ¿Y qué fué *Don Quijote*, la obra genial del inmortal Cervantes, que a pesar de haber sido escrita para su época, ha quedado y quedará por siempre como uno de los monumentos más grandes de la literatura española, sino el remedio de aquella enfermedad? Y durante la abominable esclavitud de los Estados Unidos de América, ¿no fué la famosa novela *Cabaña del Tío Tom* (*Uncle Tom's Cabin*) el motivo capital para su abolición?

Y en la vida de los individuos, ¿cuántos ejemplos no se citan a menudo de obras que han influido en ellos, imprimiéndoles cierta norma de conducta que ha decidido de su futura suerte, y muchas veces de la suerte de la humanidad!

Franklin, el inmortal filósofo, el político sin mácula, el inventor desinteresado, el sabio eminente que «arrancó el rayo del cielo, y el cetro de los tiranos», cuya vida toda fué hermoso ejemplo de abnegación y patriotismo poco comunes, ¿no debió en mucho tal renombre—según sus propias declaraciones— a haber leído desde muy joven los *Ensayos para hacer el bien*, del Dr. Cotton Mather?

Y las *Vidas de Plutarco*, ¿no influyeron en gran parte en el espíritu republicano, en el carácter independiente de aquel otro filósofo, contemporáneo de Franklin, Juan Jacobo Rousseau? ¿Y el que sirvió de devocionario a Madama Roland, cuando iba a la igle-

sia, prefiriendo evocar en ese augusto templo las hazañas gloriosas de los héroes del libro de Plutarco, que las oraciones de los Santos de la Corte Celestial?

Y la *Biblia*—«el libro por excelencia»—¿no ha sido el mejor modelo de que se han servido muchos escritores, oradores, políticos, filósofos, etc., etc., para dar inspiración a sus escritos, elocuencia a su palabra, esperanza a sus ambiciones, profundidad a sus ideas?

La *Vida de los Santos* transforma a un militar, Loyola, en un fundador de una orden religiosa; la *Vida y escritos de Juan Huss*, influye en mucho en la vida de un oscuro fraile, Lutero, más tarde famoso por haber figurado como uno de los iniciadores de la Reforma.

¿Y a qué citar más ejemplos, cuando ellos abundan en la historia de la humanidad?

Y si tal virtud tiene para corregir los defectos de la sociedad e impulsar la conducta de los individuos, ¿no la tendrá también para corromperla? Ya hemos visto que sí.

Debe, pues, apartarse a la juventud de las lecturas inmorales, que si algo dejan en su cerebro, son ideas de maldad, sentimientos perversos; y encaminarla a que busque la rica fuente de la literatura sana, provechosa, instructiva, donde ir a solazarse, porque ella influye en el desenvolvimiento de su carácter, de sus buenos sentimientos, imitando la vida de los grandes hombres, de los escritores ilustres de la antigüedad, *de esos soberanos muertos que empuñan aún el cetro y gobiernan nuestras almas desde su urna funeraria.*

R. Rojas Corrales

San José, C. R.

Las oficinas de

PANDEMONIUM

se han trasladado a la 3ª Avenida Oeste (contiguo al doctor J. F. Rucavado).

Porqué son bellas las cojas

Aunque sobre ello guarda cuidadoso silencio la divina Clfo, dícese que en los vastos dominios de Pan las ninfas más hermosas, los gentiles dechados de perfecciones y gracias, huían siempre de las torpes caricias de sátiros y fáunos y de ellas se salvaban muchas veces por la ligereza de sus piernas. Tal rebeldía hubo de indignar a Apolo, contrariando no poco los planes de Venus, y uno y otra, con el beneplácito de Júpiter, concedieron amplias facultades a los desdeñados para adoptar un acuerdo que pusiese a raya a las corretonas. Semejante medida coercitiva no se hizo esperar pues, asesorándose de Minerva, uno de los sátiros reunidos con este objeto propuso, y fué aceptado por unanimidad, un procedimiento para que las muy amadas ninfas corrieran algo, ya que en la carrera hallaban su placer, y que al fin cayesen en brazos de sus perseguidores. Este medio fué sencillísimo, rudimentario, como entonces lo era todo.

De la rueca de Cloto, vieja fea y gruñona, cogieron los hilos llamados de la vida, muy débiles, por sí, y para hacerlos resistentes torcieron varios formando cordones invisibles que ataron por uno de sus extremos a las bases de robustas encinas y por el otro a los blancos y finos tobillos de las

hembras, que poco a poco y a fuerza de astucia, fueron cazadas.

Como las menos bellas no corrían tanto, merecieron el régimen de excepción de que aún disfrutaban; pero las hermosas. ¡ah! las hermosas, flojos los nervudos lazos de sus amadores en un momentáneo éxtasis, creyeron que recobraban su absoluta libertad, porque invisibles eran como os he dicho los retorcidos hilos de la vida, y corrieron, corrieron nuevamente cuanto les permitieron sus ligaduras, que solo las afiladas tijeras de Atropos podían cortar.

El final previsto fué la inevitable caída en mullido césped y entre fragantes florecillas que, para producir una dulce embriaguez de los sentidos, cuidaba el guapo y travieso hijo de Urania. Más en el postrer esfuerzo de la loca rebeldía, los tejidos se maceraron, los huesos se quebrantaron, y como Esculapio, un poco pedante, ignoraba la cirugía, las bellas ninfas, al notarse cogidas, resultaron cojas.

De ellas descenden, sin duda alguna, las amables, las lindas cojitas que compadecemos al admirarlas. Inflexiblemente se cumple la ley de herencia, y cumpliéndose quedan satisfechos Apolo y Venus, los dioses y los hombres.

G. Escamilla Rodríguez

Para iluminaciones artísticas

de ornamento por instalaciones eléctricas temporales de salones de baile, comedores para banquetes, bodas, bautizos, pompas religiosas y de cualquier local destinado a fiestas, sea un trabajo de grande o pequeña importancia, sírvase enviar sus respetables órdenes a la **Electric Ornamental Company, Limited**—Apartado N° 285 San José (exclusiva en su género) que enseguida le servirá a usted como desee, a los precios más económicos posible y evitándole toda molestia.



SRTA. EMILIA AGUILAR ESQUIVEL

Eres linda entre las lindas
y eres bella entre las bellas.
Son tus ojos dos estrellas,
y tus labios, son dos guindas
colocadas sobre perlas.

Así es la Vida

—Oiga: ahora que nos encontramos incidentalmente juntos en esta pobre estación de ferrocarril extranjero, mientras afuera canta la lluvia su eterna canción desoída, en este minuto que precederá a nuestra ausencia de toda la vida, después de que nuestros dos trenes opuestos nos separen, e interpongan entre nosotros montañas y fronteras, recordemos:

.....

—Si el tren que me lleva a mi aldea esa tarde, con todas las ansias del retorno, no hubiera sufrido el accidente que nos detuvo y llegado a la hora exacta, antes de que usted partiera hacia el Norte...?

—Calle, señora mía, no quisiera recordarlo, y sin embargo, la visión de esa hora se aferra a mi memoria. Creí que usted no llegaría, y con mi inquietud acuestas, tomé el tren hacia el Norte, hacia ese Norte que se tragó todas mis ansias.

—Extraviada me quedé en la desolación de su abandono, mientras la aldea anudaba mis alas en la jaula de piedra de su triste aislamiento. Se me perdió usted... Los años pasaron, sus cartas fueron borrándose, y nuestras iniciales, como las de que habla el madrigal, grabadas en los árboles de los caminos que supieron de nuestra venturosa ilusión, fueron desapareciendo en su corteza. Nunca como entonces comprendí cuánto pesa en nuestra vida un minuto, en nuestra pobre vida que cambia de rumbo con el más insignificante motivo. Como que mi infortunio se enredó entre las ruedas de ese tren para detenerlo. Si yo hubiera llegado antes que usted partiera, usted, mi novio de entonces, señor mío; ¿me habría dejado?

—Nó, mi amable señora, no me habría ido. Ahora comprendo que al abandonar la plataforma de la estación

aquella tarde, volví la espalda a mi felicidad, que estaba allí cerca de usted, atada con nuestros recuerdos de la infancia. Desoí la voz del filósofo que escribió que no debemos buscar la felicidad fuera de nosotros; y al abandonar la aldea que era nuestra propia vida e ir en busca de otros horizontes, me salí de ella y erré el camino. Allá se presentó a mi vista toda mi vida nueva, que triunfó por completo en mí, sobre mis recuerdos, sobre mi mismo corazón. Usted buscó, fiel a los consejos de los que presumen de médicos en cuestiones de amor, un cariño para ahogar el mío insatisfecho. Debí aguardarme, yo volvería a buscarla...

—¡Ah! ¿Y cómo cree usted tener derecho de exigírmelo? Tenía un corazón—el suyo—quieto remanso donde apagué mis sedes y en cuya limpia superficie se perfilaron mis anhelos de enamorada, y al arrebatármelo, busqué, ya que no otro corazón, un hombre donde apoyar mi cabeza enfebrada y fatigada. Declaro, eso sí, que me equivoqué. Engañé mi dolor, pero el cariño no se engaña nunca; y hoy, después de tantos años, triunfa mi corazón sobre toda esta tejedura de convencionalismos y de deberes que me ha impuesto la vida.

—Los azares de la suerte la llevaron a usted al lado de su esposo al través de los mares hacia remotas playas. Su vientre premió su sacrificio con dos chiquitines que van tegiendo con la blanca seda de su inocencia la cuerda que la unirá a su esposo por toda la existencia. Si el tren no se hubiera detenido esa tarde, mi querida señora, hoy no estaría usted aguardando este otro que va hacia el Norte, mientras vendrá también el que me lleve a mí hacia el Sur, distanciándonos, como al impulso poderoso de nuestros destinos diferentes. Si un tren hubiera llegado

a la hora exacta—¿recuerda? nuestras frentes no estaban aun surcadas ni asomaban las canas en nuestras cabelleras—yo no me habría ido hacia ese Norte donde ahora la aguarda un hogar sin el calor de los cariños buenos, y usted habría sido mía.

No vivirán esos dos niños que ahora la acompañan, sus ansias de cariño no se marchitarían al árido sol de un vivir convencional, y sus manos que ahora marcan los pañuelos que mañana sabrán de los secretos de sus lágrimas amargas, se hundirían en mi melena para acrispiar mis sueños, sobre todos los cuales su amor habría sido como una amorosa bendición.

Hubo un largo silencio. Los niños se acercaron a su madre para preguntarle por qué lloraba. Fué despejándose el cielo, y en ese momento subió por el aire, taladrando las últimas nieblas que quedaban, el doble pitazo de los dos trenes: el que iba hacia el Norte y el que iba hacia el Sur, en dirección opuesta, como sus destinos diferentes que se volvieron las espaldas por un minuto de atraso. Cada uno subió a su carro, y presumió que quizá, como en aquella tarde inolvidable, dejaba quién sabe qué ventura, extraviada por la tardanza de un minuto a la partida de su tren.

J. Albertazzi Avendaño

Evocación

Fué una tarde sin luz y rumorosa:
la lluvia brillantó los barrandales;
tus cuentos, en un vuelo de cristales
dijeron que me amabas, silenciosa...

Incrusté las miradas en la rosa
de tus labios sonoros y triunfales;
y miraste por entre los rosales
anhelando decirme cualquier cosa...

Después, tras un paréntesis, dijiste,
en un suspiro azul, que estabas triste
y una arruga amatoria hubo en tu frente.

Y en medio de la tarde, enamorado,
con fe y amor, un beso prolongado
puse en tus labios religiosamente.

Manuel Segura M.

Oct. 20.

Pequeñez romántica

Para Camilo Cruz Santos

Amo como un imbécil los jubones
sin que lo pueda remediar. Y quiero
volver a ver la pluma en el sombrero
y en los pechos los clásicos toisones.

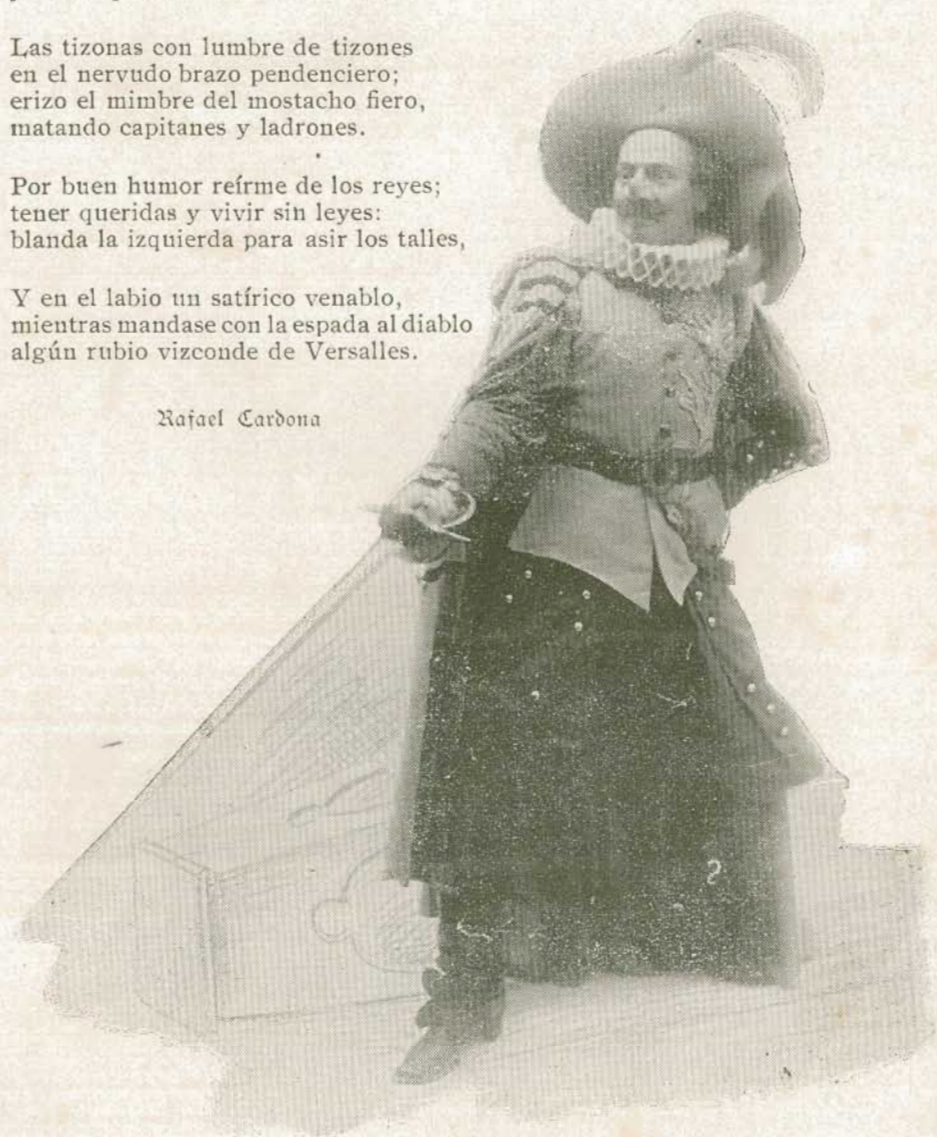
Las tizonas con lumbre de tizonas
en el nervudo brazo pendenciero;
erizo el mimbre del mostacho fiero,
matando capitanes y ladrones.

Por buen humor réirme de los reyes;
tener queridas y vivir sin leyes:
blanda la izquierda para asir los talles,

Y en el labio un satírico venablo,
mientras mandase con la espada al diablo
algún rubio vizconde de Versalles.

Rafael Cardona

ESTEBAN SERRADOR,
en «Cyrano de Bergerac»



Pequeñez romántica

(Dos cartas)

Puntarenas, octubre de 1915.

DE CAMILO A RAFAEL:

Querido poeta:

Ahora hablemos de tu soneto: lo he releído con verdadero gusto, con delectación; es este tu soneto inédito, un gallardo, hermosísimo soneto señorial y romántico. Entre los tuyos, de lo mejor de lo mejor. Lo que más me encanta en él es el desenfado, la elegante *sans façon* con que está escrito; cosa esta muy moderna, muy vino viejo en odres nuevas, muy de mi gusto. No se trata de dos cuartetos y dos tercetos bien rimados, sino de un soneto auténtico, de un solo bloque, tal como lo entendían don Bartomé de Argensola, su hermano, y aquél mosquetero español a quien nombraban don Francisco de Quevedo y Villegas. De un soneto así es difícil citar los versos más bellos, si uno no es un crítico avisado; pero extremando mi audacia, entresaco éstos, que si no son los mejores, son los que más me deleitan:

«Las tizonas con lumbré de tizonas
en el nervudo brazo pendenciero;
erizo el mimbre del mostacho fiero»,...

Aparte del retruécano que es magnífico, encuentro admirables el primero y segundo versos, sonoros, llenos de nervio, y en fin, alabo mucho la novedad y la arrogancia del tercero. Otro verso que me encanta por lo delicado y exquisito, es este:

«Blanda la izquierda para asir los talles»

A la belleza intrínseca de ese verso hay que sumar la del contraste, que le da mayor relieve poético; pues tú pides para tu caballero, o ves en él, en antítesis sutil, la diestra «nervuda» y «pendenciera», cual conviene a su denuesto temerario; y la siniestra «blan-

da para asir los talles», como corresponde a su gentileza y galañía.

Veamos ahora, tras la ancha cabeza, la resonante cola que pide para los sonetos el autor de «Anarkos»:

«Y en el labio un satírico venablo,
mientras mandase con la espada al diablo
algún rubio vizconde de Versalles».

Terceto lleno, redondo, final rotundo para un soneto; síntesis briosa, que aúna a la calaverada de buen tono —que es el eje, el *leit motiv* de la composición—el desenlace oportuno y lógico que exigían los clásicos. Resumiendo mi «voto razonado»: has hecho un soneto truán, bellísimo, digno de un tenoriesco poeta espadachín, castellano o gascón; si D'Artagnan hubiera hecho sonetos, los hubiera hecho así!

Un abrazo de

(f) CAMILO CRUZ SANTOS

De Rafael a Camilo:

Te juro, mi querido Camilo, que se trata de un soneto sin consecuencias. Celebro te haya gustado. Pláceme salir de vez en cuando de correría caballerisca. Dices que te he deleitado: ello es indicio de postura feliz por donairoso. Pero bien sabes lo poco que le concedo a esta poesía. Mi camino es más serio: he resuelto poner lo Bello como paje al servicio de lo Verdadero. No tenemos derecho de pulir un verso sin iluliminar una mente.

A veces, eso, sí, por no pecar de austero, esfuerzo una sonrisa cyranesca: de ahí el soneto.

Y, tú que hablas de ello? No eres buen cultor de los *sonetos en prosa*? Tu carta es uno de ellos. Por eso la público. Perdona.

Te abraza,

(f) RAFAEL

San José, octubre de 1915.

Después de la guerra

Ya acabó la guerra.

Ya los valles se vuelven a cubrir de esplendorosas flores.

Ya en lugar del terrible estruendo del cañón y el olor de la pólvora, el viento nos trae en sus giros, dulces armonías y perfumadas emanaciones de la siempre fecunda naturaleza.

Ya el buitre no va por su presa: en lugar de su ronco graznido, sólo se escuchan, vibrantes, claras y sonoras, las voces de mil alondras, que, como himno de amores, van surgiendo de los árboles, vestidos ya otra vez de verde follaje.

El llanto se agolpa en las pupilas; ahoga la pena, al ver esos campos y pensar que ha poco fueron sangriento teatro de horrosas luchas.

Parece oír todavía el horroroso fragor de los combates: el silbido de las balas, las voces de mando, el retumbar de los cañones, los toques de corneta, los ayes de los heridos, la invocación de los creyentes y la blasfemia del descocido.

¡Eterna paz y gloria eterna, a aquellos valientes soldados que sobre la verde hierba encontraron su lecho de muerte!

¡Mártires insignes! ¡Refulgentes astros de la historia, a quienes recordarán eternamente, con perenne duelo, desoladas madres, viudas llorosas, y desamparados huérfanos!

Ved allí; ved sobre aquella loma un montón de revueltos escombros.

Aldea fué un tiempo; mirad lo que es ahora.

Antes de la guerra, como bandada de alegres y blancas palomas que reposan tranquilas, cuando por un momento, a efecto del cansancio abaten el vuelo, eso parecían, todas pintadas

de blanco, las rústicas casitas de la alegre aldea.

Ya solo ruinas alumbra el sol, que coloreó un día tantos grupitos de alegres y blancas viviendas: parece que, también triste, ya solo les manda, para bañar sus ruinas, de su luz esplendorosa, unos tenues reflejos.

Allí, donde reinaba la dicha, estalló de repente la serda borrasca: ¡la guerra! que en momentos, convierte el más hermoso vergel en desierto infecundo: ¡la guerra! que pasó como rugiente tromba, sembrando el rencor y la discordia, destruyendo la campiña, arrasando e incendiando la aldea, cuyas llamas, con sus rojas lenguas escalaron las nubes, ciñendo sobre el pueblo una soberbia aureola de fuego.

.....
.....

¡Eterna paz y gloria eterna a aquellos valientes!

La historia les dedicará una brillante página, por el sacrificio voluntario de sus vidas, en holocausto de la patria. Sus deudos, les recordarán con orgullo: las generaciones con veneración.

Pero, ¿quién devuelve la vida a esos mártires?—¿Quién logra enjugar el llanto de esas madres sin hijos?—¿Quién remediará la espantosa miseria de tantos y tantos huérfanitos, que rendidos, sin amparo y muertecitos de hambre y frío, veremos por calles y plazas, con la duda en el alma e invocando el nombre de Dios, pidiendo una limosna?

¡Ecco il problema!

Alberto Miquel



DON ALBERTO MIGUEL

Distinguido actor de la Compañía Serrador-Marí,
autor del artículo «Después de la Guerra» que publicamos
en la página anterior

NOTA TEATRAL



En la Compañía Serrador Mari, que hace las delicias de nuestro público con sus interesantes representaciones, descuella en primera línea, por sus exquisitas dotes de artista, la espiritual señora Filomena Boisgontier, con cuyo retrato engalana hoy sus columnas PANDEMONIUM, y a quien desea muchos laureles más en su brillante carrera teatral.

Receta para las damas

Por Aurora

El cutis tiene muy crueles enemigos: el frío, el calor malsano de las habitaciones y sobre todo el paso brusco de uno a otro, son perniciosos para la tez.

Hay que proteger la epidermis, y, el mejor medio de hacerlo es ungerse ligeramente el rostro al salir a la calle, y empolverarlo bien con polvos de arroz. Pero hay que elegir el cuerpo graso con cuidado.

La glicerina y todos sus compuestos dan a la piel, a la larga, un tono amarillento. Para evitar este inconveniente debe adquirirse absolutamente pura, lo que es difícil.

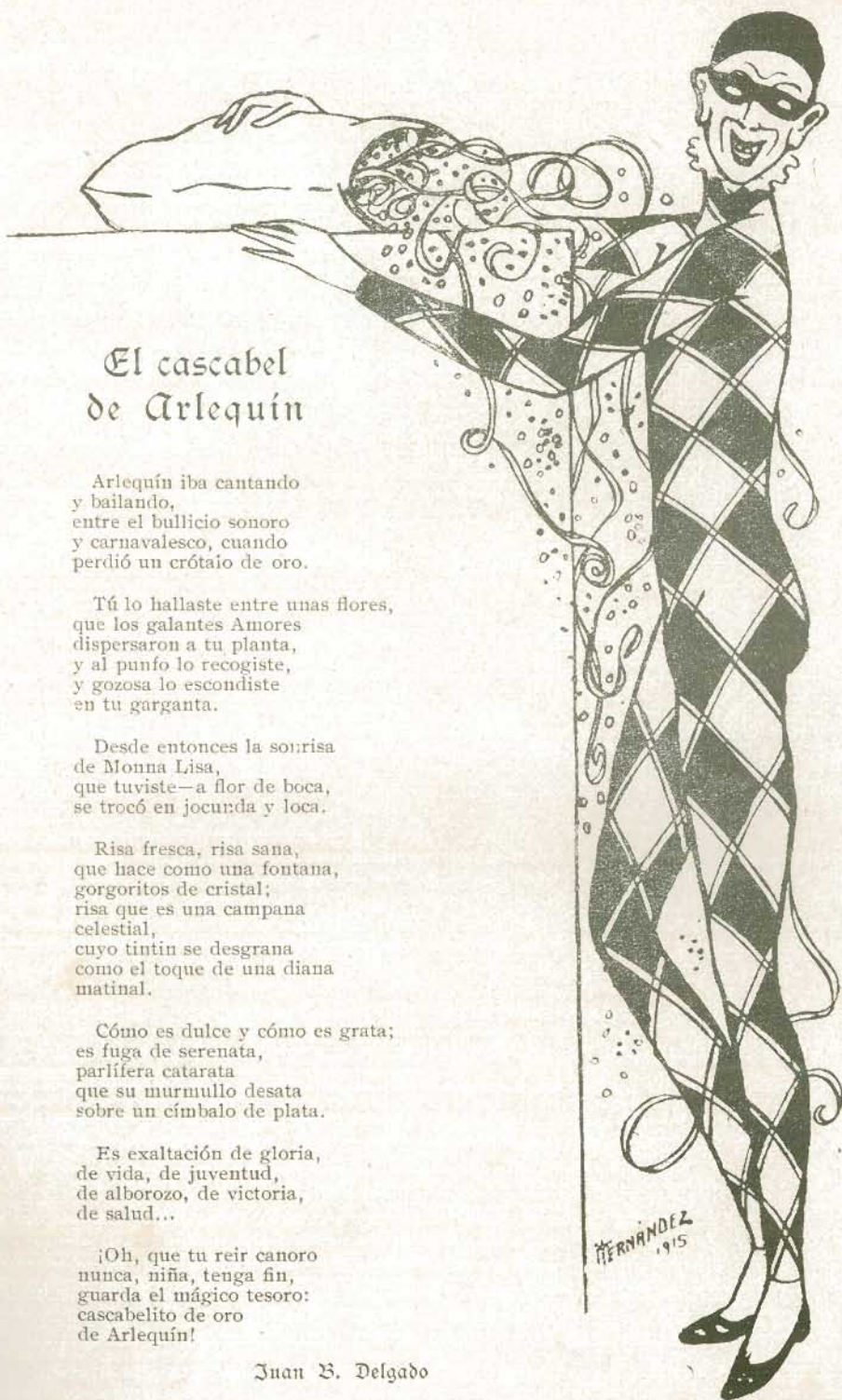
El cold-cream es lo mejor en esos casos. No es nuevo: nuestras abuelas

mostraban ser muy prudentes al usarlo y su fórmula es digna de recordarse:

Aceite de almendras dulces	30 gramos
Cera virgen	8 »
Blanco de ballena	8 »

Se funde todo al bañomaría; se retira y cuando está tibia la mezcla, se añaden 126 gramos de agua de rosas. Se puede añadir también 20 gramos de manteca de cacao.

Al acostaros debéis, señoras y amigas mías, quitaros del rostro esta capa de grasa, locionándoos con agua de rosas o con el agua de tocador acostumbrada.



El cascabel de Arlequín

Arlequín iba cantando
y bailando,
entre el bullicio sonoro
y carnavalesco, cuando
perdió un crótaío de oro.

Tú lo hallaste entre unas flores,
que los galantes Amores
dispersaron a tu planta,
y al punfo lo recogiste,
y gozosa lo escondiste
en tu garganta.

Desde entonces la sonrisa
de Monna Lisa,
que tuviste—a flor de boca,
se trocó en jocunda y loca.

Risa fresca, risa sana,
que hace como una fontana,
gorgoritos de cristal;
risa que es una campana
celestial,
cuyo tintin se desgrana
como el toque de una diana
matinal.

Cómo es dulce y cómo es grata;
es fuga de serenata,
parlífera catarata
que su murmullo desata
sobre un címbalo de plata.

Es exaltación de gloria,
de vida, de juventud,
de alborozo, de victoria,
de salud...

¡Oh, que tu reir canoro
nunca, niña, tenga fin,
guarda el mágico tesoro:
cascabelito de oro
de Arlequín!

Juan B. Delgado

El Tío Clamores

Por Luis Maldonado

Era el tío *Clamores* un hombre verdaderamente extraordinario y capaz de llamar la atención, no sólo de sus paisanos, sino de toda España. Lo de menos era el que apalease las onzas, aunque de estos malos tratos que daba a su dinero todo el mundo tenía noticia; lo de más era el ruido de sus «haciendas», porque en este bendito campo de Salamanca, donde Dios ha derramado el garbo y la largueza, se estima el *dulín-dulín* de los zumbos y cencerrillos, el sonar de las espuelas y el *táca-táca* de la airosa marcha castellana, más que el estrépito de una catarata de monedas de cinco duros.

No quiere esto decir que el charro tenga en poco los dineros, sino que sabe bien que oro es lo que oro vale, y vale más, como dijo el pastor, la lluvia menuda en un día de mayo, que todo el inmenso tesoro que le mostraban reunido en los sótanos del Banco.

¡Y qué tesoro el de una buena y variada ganadería como la del tío *Clamores*! Allá en Extremadura la baja, cerca de la Serena, en las fértiles dehesas que riega el Guadiana, las merinas cargadas hasta las pezuñas de lana finísima como la seda; en la serranía de *Pedrahita*, en unos campos *tendíos* al *meodía*, más calientes que solana de comadres, las vacas *partas*, con la rastra de becerrillos que triscan arqueando el lomo entre los carrascos del vaqueril; más acá, en tierra de Alba, el *ganao* machorro y los novillos, cuyos ocios convierten en campo de Agramante las extensas riberas en que pacen; y aquí, en el *reñón* de la charrería, la casa solera, alrededor de la cual verdeguea la guadaña, en cuyas altas mieses se entofían veinte parejas de *gües* de trabajo y otros tantos holgones, que no los hay más *lúcios* y galanes en diez leguas a la *reonda*. Y no digamos los innumerables cochinos

que hozan en los majadales buscando criadillas y cebollinos; y las cabras que saltan por las cercas y desgajan ramones de las encinas; ni el averío que cloquea al abrigo del hastial grande de la casa; ni lo mejor es siempre lo postrero—la docenita de yeguas de vientre, más cerriles que palomas torcaces, que, al ver gente, huyen sonando sus arrapeas, y las jaca de fatiga que, libres de trabas, abrean en la charca cercana, mientras las urracas o maricas las espulgan a picotazos, campando libremente sobre sus lomos.

¡Y cómo gobernaba el tío *Clamores* todas estas haciendas! A quien no estuviera en el secreto de su vida no se le alcanzaría, sino atribuyéndolo a dón de ubicuidad, que en época en que no había carreteras, ni trenes, ni telégrafos, aquel hombre atendiese a todo, y estuviese en todas partes, y cuidase una a una de sus reses con el esmero del más humilde piojarrero.

Pero el tío *Clamores* tenía un secreto, que con decirlo a voces continuaba gozándole él solo, porque nadie se consideraba con voluntad suficiente para privarle de la exclusiva. Tal secreto, que hizo grande a Napoleón, estaba encerrado en este sencillo aforismo: «Entre el día y la noche no hay *paredes*».

Y en verdad que no la había para el tío *Clamores*; su caballo dormía cuando él echaba pie a tierra; él dormía sobre su caballo en marcha, y con este trueque de sueños se establecía entre ambos una compensación, gracias a la cual se resolvía el problema del movimiento continuo.

Así se comprende que el tío *Clamores* estuviese hoy aquí, mañana en Extremadura y pasados tres días en León, y tuviese a los ganaderos siempre en jaque y sobre aviso, seguros de la vigilancia del amo y temerosos



de sus duras reprimendas. Hasta los perros, criados y educados por él, antes de enviarlos a las majadas, ayudaban a aquel hombre incansable, no denunciando su presencia a los ganaderos cuando atravesando matorrales, llegaba de noche a los chozos y casetas.

* * *

Y fué el caso (hora es ya, lector pío, de que entremos en materia), que una de esas noches, al acercarse sigilosamente el tío *Clamores* a un rancho de pastores, notó en él tal aparato de fiesta y una animación y concurrencia tan raras en aquellos lugares, que le hicieron fruncir el entrecejo y decir para su capote: «reunión de rabadanes, oveja muerta». En lo cual acertó con pelos y señales, porque oveja muerta, asada y destrozada, era lo que se distinguía en medio del rancho, a la luz de un candilejo de sebo, que lucía colgado de una rama, y rabadanes y muy rabadanes los que, cogidos de las manos y haciendo rueda, bailaban y cantaban en torno de las bien olientes tajadas.

Aquello era una visión dionisiaca, que recordaba los humildes orígenes

de la tragedia griega; algo entre bucólico y orgíaco; era el espíritu de la tierra que brotaba en aquellas soledades, la alegría de vivir que brotaba en aquellos cuerpos ébrios y vacilantes... Pero nada de esto se le ocurrió al tío *Clamores*, que no conocía otro Dionisio que *Donisio* el cabrero, aquel zagalillo que a cada vuelta de la rueda repartía sendas tajadas entre los oficiantes de aquella fiesta, los cuales, después de enviarlas al buche, previas ligeras ceremonias manducatorias, tornaban a sus gritos, que eran maldiciones de toda clase para el tío *Clamores*, y a su cántico monótono, igual, con unas cadencias interminables, y cuya letra hacía revolver a nuestro hombre tras de la carrasquera que ocultaba su persona.

—Vaya otro trago—gritó *Donisio* al terminar el cántico. Y diciendo y haciendo, descolgó un zaque de lo tinto y lo escanció en una cuenca de las grandes, que sin más impulso que dársela al primero, dió la vuelta a todo el concurso.

—Y ahora venga la copla.

La rueda volvió a girar y los mortecinos resplandores del candil brillaban como chispas de incendio en los ojos de los ébrios rabadanes, quieues, a

despecho de sus gargantas enronquecidas, por centésima vez cantaron:

La oveja modorra
del tío *Clamores*
esta noche la cenan
los sus pastores.

Resonó después en los oteros y cañadas del monte el obligado y penetrante *jigeo*, al cual *Donisio*, que era la gracia y sal de aquellas majadas, puso término con tres o cuatro docenas de maldiciones del tenor siguiente:

—Si esta modorra se acaba
más arriba hay otra atada.
—Si nos oye el tío *Clamores*
que le rajen los de Herodes.
—Si va el amo de camino
que el diablo le amargue el vino.

El tío *Clamores* no quiso oír más, y con la cara contraída por la indignación, se levantó cuidadosamente para no hacer ruido, acarició a los perros para que no le descubrieran con sus ladridos, y andando buen trecho hasta donde había dejado su caballo, montó en él y se alejó en la espera, no sin volverse antes cara a cara a la majada y jurárselas con la mano a aquellas descuidadas gentes, cuyos gritos aún se oían, y cuyas siluetas, vistas a lo lejos, entre las encinas, parecían la viva resurrección de una escena clásica.

Llegó la época del esquila y con ella vinieron a la alquería los rebaños de Extremadura, sonando por cordeles y encañadas sus zumbos, y llenando con sus balidos las riberas y majadales de la dehesa. Los portugueses pasaron a filo de tijera, uno a uno, ovejas y cancinés; dióse fin a la cruel separación de madres y corderos, y, terminado todo, el día de San Pedro fueron los pastores a la casa a hacer las cuentas del año con el «señor amo».

Este los recibió en la cocina, sentado en el escaño, con una mesa de pino delante, y sobre ella todo su arsenal de contabilidad; un cuadernucho raído, del cual pasó unas cuantas hojas con sus dedos huesudos. Aquéllos,

después de saludar, se iban quedando a alguna distancia, en actitud de respeto y temor, porque el día de San Pedro solía ser para más de uno el del Juicio final.

—Vamos a ver, José Antonio, el mayoral.

Este se acercó pausadamente, sacó de un morral otro cuaderno y fué confrontando partida por partida las que el amo leía en alta voz.

—Dos libras de almazarrón... tanto.

—Está.

—Gastos de cañada, cebadilla y pan para los perros... tanto.

—Está.

—Dos arrobas de pez para la mela...

—Está.

—Suma total... tanto. ¿Estás conforme?

—Bueno usted, señor amo.

—Pues tómalo, le dijo éste, acercando al borde de la mesa unos montoncillos de pesetas que sobre ella había.

El mayoral fué contándolas una a una, se rascó la cabeza después de terminar, sacó las tijeras del cinto, hizo sobre éste, con la punta de una de ellas, algunos cálculos, y luego, guardándolas y volviendo las uñas a sus guedejas, dijo entre dientes:

—Me parece que faltan dos pesetas, señor amo.

—No faltan, respondió éste sin alzar la voz; a tí sí te ha faltao una partida en la cuenta. ¿No te acuerdas? La de la oveja modorra que vos comísteis por los Mártires en la majá del Tomelloso. Güen provecho vos haga; pero justo es que la paguéis, y entre tantos no es ná pal caso, y así yo también podré cantar como vusotros:

La oveja modorra
del tío *Clamores*
esta tarde la pagan
los sus pastores.

Y mira, por donde viniste te vas, que no quiero modorros en mi casa.

El que bien pudiéramos llamar *interfecto*, encogió los hombros, dejó escapar entre sus labios un «bueno»

que parecía un «malo», dió media vuelta y salió pesadamente de la cocina.

La misma escena, ya casi sin palabras, se repitió tantas veces como pastores habían acudido, y al llegar al último, *Donisio*, le sonaban los botones como si fueran cascabeles.

—Y tú ¿estás conforme?

—Sí, señor amo.

—Lo digo porque si no lo estás, añadiremos a la cuenta aquellas mal-

diciones que me echabas, y entonces pué ser que me quedés mucho a deber. Volvióle luego la espalda, guardó libro, tintero y pluma en una alhacena que sobre el escaño había, y asomándose después a una ventana que daba al corral, gritó a un criado:

—Facundo, ensilla el caballo.

—¿Dónde vas hoy, día de San Pedro?—díjole su mujer tímidamente.

—A ver si están comiendo otra modorra los del espigero de Zamora.

Teatros

Nacional

Celia en los infiernos, fué el último estreno que nos dió la compañía de Esteban Serrador, que con tanto éxito viene actuando en nuestro primer coliseo.

No vamos a hacer una crítica de la obra del insigne autor de los Episodios nacionales; pero sí diremos, que, como la mayoría de sus obras teatrales, adolece del gran defecto de que más que *obra para el teatro*, es obra para leer con calma y saborear las esquisiteces de lenguaje y profundos pensamientos que encierra.

La interpretación fue esmerada, sobresaliendo las señoras Boisgontier y Mendo, la señorita Nora Serrador y los señores Navarro, Madriley, Miquel y Novo.

La Pasionaria de don Leopoldo Cano, logró como siempre arrancar grandes ovaciones al público de las alturas.

Esta, como muchas otras obras, que han *pasado*, son puramente efectivas y muy a propósito para el público y las costumbres de hace 40 años. Hoy se quiere más realismo y menos efectos.

* * *

Serrador, se despide del público digna y gallardamente, sus últimas funciones fueron grandes éxitos artísticos y pecuniarios.

La Pasión y Muerte de Nuestro Señor, llenó por tres veces consecutivas

el hermoso teatro. La presentación de la obra fué sencillamente magnífica. Las diez y ocho decoraciones exhibidas son verdaderas obras de arte, sobre todo, la *Entrada en Jerusalén* y la *Calle de la Amargura* son dos cuadros de un verismo sorprendente y de una factura irreprochable.

Respecto a interpretación, todos muy bien, sobresaliendo el señor Venegas que en el Jesús hizo una creación. Sobrio de ademán, justo en la acción e insuperable en el gesto.

Don Juan Tenorio, es la última obra que hará la compañía. De suponer es, dado el reparto que tiene, que ha de salir una filigrana.

Serrador, don Juan, don Luis Mejía, Miquel, doña Inés, la señora Boisgontier y el comendador el gran Arturo Navarro, uno de los mejores actores de carácter que hemos conocido.

El próximo 4 sale la compañía para Bogotá, para la Atenas de América. Que lleven feliz viaje, los que en su corta estancia entre nosotros, nos han dejado saborear las esquisiteces del verdadero arte y nos han dado a conocer las producciones más recientes del teatro.

Grandes triunfos cosecharán en Bogotá como los han cosechado aquí, que no nos olviden y que pronto volvamos a tener el placer de aplaudirlos, son los deseos de

Montfleury

Dulce decir

"Moza más hermosa
non vi en la frontera..."

Para Alberto Ordeñana

Moza más garrida, más fragante y lozana,
jamás probó la gula del Arcipreste de Hita;
tu mirada perfuma, tal una margarita
y toda tú eres como una rubia manzana.

Cuando al alba de Mayo sales a la ventana,
por tí la vieja fuente sus cantares musita
y mi galantería romántica recita
las canciones del rico-home de Santillana...

Tu carne moza es hecha de miel, de leche y rosas.
Bien hayan en tus labios las más divinas glosas
de Primavera eterno nidal de melodía...

Por tu amor más de un conde marchará a Tierra Santa;
y cantará lo breve de tu pequeña planta,
en Romance, algún bardo del azul Mediodía!...

Isidro del Campo Douet

1915

Crucifixión

El arco de Cupido es tu mirada:
deja los corazones moribundos.
Julio Herrera y Reissig

En éxtasis de erótico entusiasmo
te demandó mi corazón, de hinojos,
una caricia de tus labios rojos
para su dicha... con profundo pasmo.

Sacudieron tus nervios su marasmo,
blandiendo los puñales de tus ojos,
y me crucificaron tus enojos
en una cruz bendita de sarcasmo...

¡Oh divinos verdugos! Desde entonces,
¡cuántos sollozos hecho ritmo alado
imploran tu piedad, pecho de bronce!

Se pierden en la Noche mis suspiros...
(Siento sus ojos como dos vampiros
sobre la herida en flor de mi costado!...)

Medardo Angel Silva

ECOS DE CENTRO AMÉRICA

Guatemala

La vida nacional

De *La Actualidad*, revista ilustrada que se publica en Guatemala, tomamos los siguientes párrafos, que muestran claramente el sentir de aquella culta nación.

«Guatemala está revelando un grado de cordura y sensatez que asegura su bienestar por muchos años. Sin hallar la manera de saber a punto fijo hasta dónde llega su percepción de esa cordura y de esa sensatez, percepción que deseáramos fuera completa, hemos de admitir que satisface por el momento a los más exigentes.

Lo demuestran claramente las actividades de los clubs políticos de la República; lo prueban las publicaciones que surgen de todos los ámbitos del país diariamente; lo reflejan los periódicos de más prestigio en nuestras ciudades, y, desde el extranjero, lo aplauden y celebran los bienquerientes de nuestra patria, al tributar elogios razonados y sinceros al primero de nuestros hombres públicos, a quien el pueblo todo, como en un movimiento instintivo, que por lo mismo tiene mucho de sagrado—el instinto es obra de Dios,—se vuelve en demanda del apoyo moral que necesita para seguir avanzando por su sendero de paz.

Precisamente este detalle es el que me hace pensar que Guatemala ofrece ahora un ejemplo de evolución muy digno de estudio, y que nuestra vida es todo un caso especial, un tipo peculiar y distinto de civilización.

Es que nosotros hemos aprendido, la generación joven cuando menos, al reflejo purpúreo de las dolorosas conflagraciones vecinas, lo que son esos incendios que todo lo devastan y que no respetan nada. Y hasta nosotros

ha llegado el oír de la sangre vertida en luchas de hermanos, olor mefítico de traición y de crimen, que horroriza y espanta. Y ante el espectáculo medroso de ajenos infortunios, lamentándolos humanamente, nos trazamos nuestro camino eludiendo tenebrosidades que conducen a esas tragedias que a distancia presenciamos.

No seremos nosotros quienes hagamos arder en las llamas de una tonta rebeldía lo que tenemos por más sagrado: nuestros hogares, nuestra tranquilidad, nuestra producción. No seremos nosotros quienes corramos al asalto de una aspiración absurda pasando sobre los cadáveres de nuestros hermanos caídos al golpe de nuestras propias manos. Nunca seremos capaces de entintar en sangre fraterna la enseña nacional que es de todos igualmente, ni nuestros himnos de amor patrio arrullarán odios y rencillas execrables.

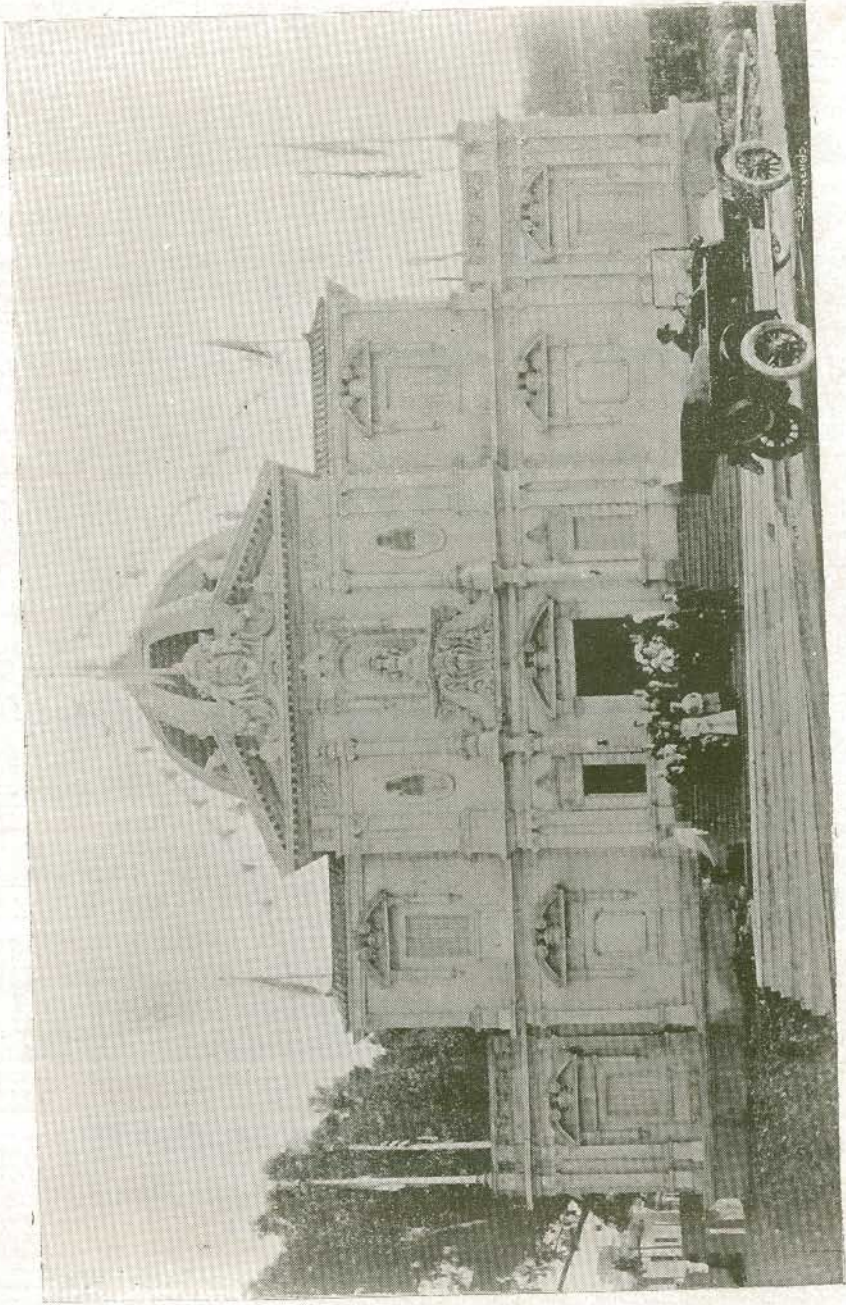
Serenamente iremos por la tranquila senda que nos ha trazado una voluntad bien intencionada, firme y prestigiada, y nuestro paso lo observarán los sociólogos del mundo entero, como un fenómeno de felicidad admirable y envidiable.

Es preciso proclamarlo: la grandeza del Presidente de la República, es la grandeza de su pueblo. Y ambos lo reconocen, y de allí nace el movimiento reeleccionista que hoy conmueve a la nación entera».

El Salvador

En El Salvador ha fallecido el Ministro de Guerra doctor don Luis Baraona.

La muerte de este preclaro ciudadano salvadoreño ha causado inmensa pena en todo Centro América, en don-



Pabellón de Guatemala en la Exposición de San Francisco de California

de se le consideraba como una ilustre personalidad por sus dotes políticas y personales.

El Gobierno del Salvador, decretó que se tributarán al cadáver toda clase de honores. Se instaló la capilla ardiente en el Salón Azul del Palacio Presidencial por el que desfiló todo el pueblo salvadoreño sin distinción de clases, dando así una prueba de las muchas simpatías de que gozaba el finado.

PANDEMÓNÍUM se asocia a la manifestación de duelo y envía su condolencia al Gobierno y al pueblo del Salvador.

Nuevo Ministro de Guerra

El Gobierno de la República de El Salvador, ha nombrado al doctor don Enrique Córdoba, Secretario de Estado en el Despacho de Guerra, en reemplazo del doctor y general don Luis Baraona (q. e. p. d.)

Este nombramiento fué recibido con muestras de general agrado y simpatía.

Es el doctor Córdoba un joven obagado, de lo más distinguido de la nueva generación.

Ocupó el puesto de Subsecretario de Relaciones Exteriores durante el Gobierno del General Potenciano Escalón, de donde se separó un poco más tarde por no aprobar un decreto de estado de sitio.

En la administración del doctor Araujo fué nombrado Ministro residente de El Salvador en México, después de haber sido Secretario Privado del Presidente Madriz en Nicaragua. Ocupaba el puesto de Subsecretario de Fomento en la actual administración del Presidente Meléndez y de allí ha ascendido a Ministro de la Guerra.

Durante seis meses fué Subsecretario del General Baraona.

Su gestión política ha sido muy amplia y ha gozado siempre de mucho prestigio como hombre de carácter y de acción.

Campesina costarricense

En tu carro de bueyes, la mañana
te halla en camino a la ciudad distante;
reverbera en tus ojos de diamante;
y diseña en tu faz rosas de grana.

Finges una viviente porcelana,
cuando el Sol besa, con pasión de amante,
tu rostro encarnado y rozagante
como la madurez de una manzana.

Entre tus gruesos labios encendidos,
al Sol le muestras en señal de gusto,
cual granos de maíz, dientes pulidos;

y, cediendo a su erótico reclamo,
alzas la faz, que sale de tu busto
como si de un jarrón saliese un ramo.

José Santos Chocano

BELLEZAS ARQUITECTONICAS DE COSTA RICA



Teatro Nacional de San José

Detalle de la escalera monumental.

La contribución de sangre

Por Simoes Dias

(Traducción del portugués)

¿Será posible, hijo mío,
que te lleven a la guerra,
dejándome en esta tierra
sola, abandonada? ¡No!

¿Cómo dejar a una madre
sin el amante cariño
de aquel adorado niño
que en las entrañas llevó?

Si es de alguna ley en nombre
¡maldita sea esa ley!
— ¡Ay, madre mía! ¡Lo mandan
duras órdenes del rey!

II

A morir quizá te llevan
a países muy distantes
donde mis ayes amantes
a tí no pueden llegar.

¡Quién sabe, hijo de mi alma,
lo que la suerte te espera!
¡Si esta será la postrera
vez que te vuelva a abrazar!

¡Maldita sea, maldita,
esa tan bárbara ley!
— *¿Pero no ves, madre amada
que son órdenes del rey?*

III

Señores, que el hijo mío
me robáis en mi morada;
¿Quién, en mi vejez cansada,
quién ¡ay! me podrá ayudar?

¿Quiénes sois, quienes, vosotros,
verdugos, gente vendida,
que lo mejor de mi vida
me queréis arrebatar?

¡Ah! ¡Perdonad, no es posible
que eso lo mande la ley!
— ¿Qué queréis? ¡Somos mandados
aquí por orden del rey!

IV

¡Mentis, cobardes sicarios,
que a una mujer indefensa
venís, para más ofensa,
su propia cara a escupir!

¡En nombre del rey! ¡Infames,
no os extrañe que me asombre;
un rey que es padre y es hombre
no puede tal permitir!

¡Vosotros, robáis, tiranos,
al amparo de la ley!
— *Calla, mujer, que son órdenes,
órdenes que dicta el rey.*

V

Bien; arracad de mis brazos
mi única, sola ventura;
sabed que la sepultura
cavando estáis para mí.

Podéis robarme mi hijo,
llevaos cuanto poseo
y al presentar tal trofeo
al amo... decidle así:

Que muero, más protestando
contra tan bárbara ley.
— *¡Adiós, mi madre, tu hijo
va a ser esclavo del rey!*

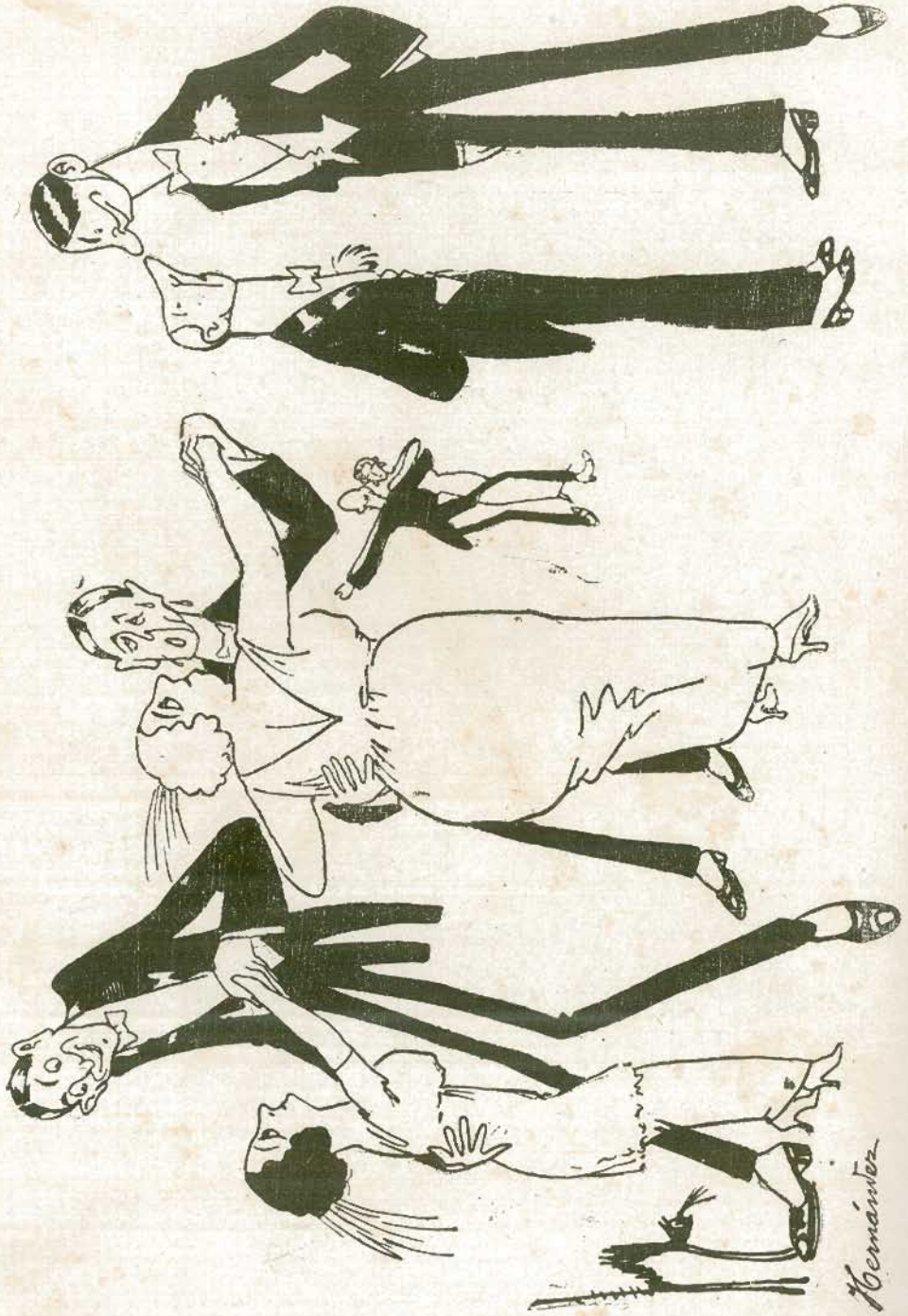
VI

Parte, hijo mío, y Dios quiera
que tu sangre generosa
caiga, cual muestra afrentosa,
en un inmenso turbión,

sobre el que te hizo asesino
de su ambición en el ara,
salpique y tiña su cara
como un eterno baldón.

Yo en tanto muero clamando
contra tan bárbara ley.
*¡Ahora, parte, hijo del alma,
a cumplir la orden del rey!*

RECUERDOS DEL BAILE



—Oye, Menito: qué te parece este baile?
—Chico, esto más bien parece el frac a través de los tiempos!